



CARTOGRAFIA VIRREINAL

POR JULIO F. GUILLEN TATO
DIRECTOR DEL MUSEO NAVAL DE MADRID

En los tiempos en que lo útil se hacía agradable a la vista; cuando hasta lo más superfluo se emperifollaba galanamente, porque se amaba el trabajo personal, e incluso la herramienta constituía algo muy personal y querido y, por consiguiente, se adornaba para hacerla íntima y amable, las *cartas de marear* no escaparon a esta ley de artesanía, toda sensibilidad, porque aun no dió en fabricar, ni en producir, sino que todavía creaba.

Por ello los portulanos y las cartas entraron dentro de la órbita de las bellas artes, como arte menor, si

se quiere; pero, al fin y al cabo, siempre arte, y, en muchas ocasiones, juzgándolo con el canon de ingenuidad de lo popular, hasta bello.

Y por esto, también, parece increíble que hasta hace poco la cartografía — en punto a adjudicaciones de autor y fecha — se haya considerado exclusivamente con un criterio geográfico y científico, como si el tiempo, su autor y la nacionalidad y aun la región de éste no hubieran sido capaces de imprimirle características suficientes para opinar y aun fijar la mano y la época.

Suponiendo una carta “muda”, es decir, sin nombre alguno, ¿en qué se diferencia de un dibujo o de



un miniado? Y, sin embargo, hasta Winter y el que esto escribe – en el mismo año de 1942 –, a nadie le vino en mentes el incluir la estilística en la cartología o estudio de los mapas y cartas antiguos, que proporciona al curioso en este linaje de apasionantes disquisiciones, elementos de juicio capaces de causar verdaderas revoluciones en cuanto se creía certísimo o indiscutible, pero no subrayado por documento alguno.

Así, cualquier portulano anónimo se consideraba, sin más, italiano, y así se aceptaba por todos en cuanto existiese algún que otro italianismo en la toponimia, cuando un profundo conocimiento de los estilos ha venido incluso a demostrar que algunas ciertamente italianas, por estar fechadas en Génova o Mesina,

son, sin embargo, mallorquinas, pues o lo eran sus autores o habían aprendido en la isla del Doctor Iluminado, sede maravillosa y radiante de talleres u obradores gremiales de cartografía medieval, con una técnica característica y avasalladora.

* * *

Las cartas marítimas o de marear, como se ha dejado traslucir, fueron vistiéndose de galas y adornos; pero, así como las holandesas de fines del siglo xvi y del xvii vieron sus mares y océanos invadidos de esos monstruos que nacieron en la leyenda del Mar Tenebroso, al calor de consejas y cuentos marineros, y de la que es magnífica expresión la obra de Olau

Magnus, la nuestra – mallorquina primero, aun gótica, y la sevillana o renaciente, después –, por ser, ante todo, útil, deja libre los mares para que el piloto pueda hacer discurrir por él sus singladuras, más que entorpecidas, favorecidas por la maraña de líneas de rumbos, entre las cuales florece de tanto en tanto la gala suprema de la cartografía de entonces: la rosa de los vientos, flor y estrella; por esto último, ligazón entre el norte de la carta y el del cielo, en la que los marinos, devotos de más sutiles astronomías, pintaban con frecuencia una imagen de Nuestra Señora, y hasta en el exergo un *sucurre nobis*, con más fe y esperanza que latines.

* * *

La cartografía sevillana, es decir, nuestra cartografía americana oficial – la de la Casa de la Contratación –, tuvo en sus perifollos y arrumacos decorativos modalidades propias, aunque sin constituir una férrea escuela de taller, que allí no existió. Nuestro furibundo individualismo plasmó en ella como en parte alguna, aunque dentro de un cauce impuesto por la sensibilidad de los tiempos; pero, los pilotos y cartógrafos, en las Indias se impregnaron de nuevas inquietudes estéticas, dentro de un barroquismo desconcertante.

Ilustramos este interesante trabajo del académico D. Julio Guillén Tato, con la reproducción, a todo color, de los siguientes inestimables documentos que se conservan en el Museo Naval de Madrid: (en la página 13) CARTELA DEL MAPA DE FILIPINAS, DEL P. MURILLO (1744); (en las páginas 14 y 15) CARTA DEL ISTMO DE PANAMA, DEL CAPITAN RODRIGUEZ (1744); en la página 16) PORTULANO DE LA BAHIA DE TAMPA, POR EL PILOTO FRANCISCO MARIA CELI; OTRO PLANO DEL MISMO PILOTO (1757), y ROSA DE LOS VIENTOS DE LA CARTA DE PANAMA (1744).



Las tierras se siembran de bichos, plantas y arboledas; pero, no de un modo fantástico, sino a son descriptivo; pintan lo que han visto y les sorprende y, así como al navegar y describir en sus diarios y relaciones cuanto de nuevo observan, echan, sin darse cuenta, los cimientos de lo que mucho más tarde será la etnografía, al pintarrajar cartas y planos, dibujan en realidad, sin saberlo, auténticos mapas agrarios y pecuarios. Cuando no sobre las tierras, fauna y flora se refugian en las cartelas y cartuchos y, entonces, mezclando incluso colores y motivos autóctonos, se llega a eso que podemos denominar *es-*



tilo americano, que además de barroco y un tanto oriental de sabor, es ingenuo – aunque esté bien dibujado –, porque son gentes a quienes la mar y toda la Naturaleza ha hecho sencillos. Y, sobre todo: la exactitud; la científica o geográfica y la anecdótica. Porque jamás pintaron fantasías, ni lo que no han visto. Y, como siempre la Fe anduvo entretrejida en nuestras cosas, en ocasiones, como en una sucesión de ideas, hasta semejan pintar o proyectar retablos u hornacinas, que no desdican – en su intención al menos – de las de retorcido adorno de una de Tabasco o de Quito.

